

I Concurso de Microrrelatos Hotel Montreal



Un HOTEL
de playa,
un HOTEL
en Benicàssim

HOTEL MONTREAL
VACACIONES EN BENICÀSSIM



**"UN HOTEL DE PLAYA,
UN HOTEL EN BENICÀSSIM"**

**I CONCURSO DE
MICRORRELATOS
HOTEL MONTREAL**

NO ES NORMAL

Que en España se editen tantos libros pero que al mismo tiempo sepamos que los españoles leemos tan poco, no es normal.

Que la microficción sea un "género literario" tan popular entre los que escriben (solo hay que tener en cuenta la proliferación en los últimos años de concursos radiofónicos o blogueros sobre la materia, o incluso de las editoriales especializadas) y luego sus libros se vendan tan poco, no es normal.

Que haya negocios, comercios o entidades que adopten voluntaria y conscientemente una deriva cultural que nadie les impone, no es tan poco muy normal. Lamentablemente.

Pero, afortunadamente, no solo lo habitual o lo consensuado por la generalidad se convierte en norma. A veces uno se encuentra versos sueltos, anomalías hermosas que hacen que te reconcilies con lo infrecuente y con lo sorprendente. Casi con lo extravagante, podría decirse. Así, en cuanto a las certeras afirmaciones que he utilizado en el encabezamiento de este prólogo, a pesar de lo habitual, veces puedes encontrarte con una hornada de alumnos adolescentes con un nivel de lectura y un gusto por la literatura de lo más alentador; o una editorial especializada en la publicación de microrrelatos que de repente supere cifras de tres ceros en sus ventas; o un hotel de Benicàssim que se empeñe en compatibilizar y demostrarle al mundo que el ocio y un buen servicio de hospedaje no tienen porqué estar reñidos con la cultura.

Aún así o precisamente por ello, sabiendo que matemáticamente las probabilidades de que esto pueda ocurrir son existentes, pero ínfimas, cuando la dirección del Hotel Montreal me pidió que colaborara con ellos en la confección de un concurso literario con vocación de permanencia -y no como elegante flor de un día- mi incredulidad solo pudo compararse a mi alegría. Y eso a pesar de que dicho establecimiento ya había dejado muestras anteriores de tener una curiosa sensibilidad para con sus clientes; pues me consta su

apadrinamiento en multitud de acciones, actos y disciplinas culturales ofrecidas a sus huéspedes. Yo mismo, en mi condición de autor literario, ya fui invitado a participar en una *Jam* literaria-musical, nocturna - probablemente la primera que jamás se haya llevado a cabo en un hotel de playa español, en plena temporada alta- en la que pude comprobar en primera persona el fervor con el que los destinatarios de tan peculiar evento disfrutaron con tan hermosa propuesta.

En cualquier caso, aquí me encuentro hoy, prologando la evidencia de las buenas intenciones de este hotel para con sus lecturas.

Así pues, el lector y el huésped, el huésped y el lector, tienen ante sí una acertada selección de los setenta mejores relatos de entre los casi doscientos cincuenta que se presentaron a concurso en la edición del I Concurso de Microrrelatos del Hotel Montreal, organizado y fallado durante el año de 2015. Un concurso este, que por la seriedad, el cariño y la intención de perdurar que le han imprimido sus organizadores, pasa de ser un mero evento turístico literario para convertirse en algo más: en una bella propuesta artística, en un precioso gesto cultural; en algo que, si bien hoy no es muy normal, quizá mañana comience a serlo.

Disfrútenlo.

Raúl Ariza
Benicàssim, abril de 2016

ACTA DEL FALLO DEL JURADO DEL I CONCURSO DE MICRORRELATOS HOTEL MONTREAL

En Benicàssim, a las 9:00 horas del día 18 de enero de 2016, se reúne el jurado seleccionador del I Concurso de Microrrelatos Hotel Montreal para fallar los premios de este certamen.

El jurado está formado por los siguientes miembros:

Doña Elena Casero Viana, escritora

Don Raúl Ariza Pallarés, escritor

Don Mariano Vega Álvarez, editor

Don Francisco Socarrades Martí, representante del Hotel Montreal

Tras un análisis de los 264 microrrelatos recibidos, descartados aquellos que no cumplían las bases de la convocatoria, y tras las preceptivas deliberaciones realizadas en cuatro fases, se procede a otorgar los premios establecidos en las bases con el siguiente resultado:

*Primer premio: "**Geología**", autor: don **Raúl Clavero Blázquez***

*Segundo premio: "**Quizás otro día**", autora: doña **Marta López Cuartero***

*Tercer premio: "**La playa**", autor: don **Antonio Cano Rodríguez***

Finalizada la reunión, se levanta acta con la conformidad de los presentes, siendo las 11 horas del día arriba indicado.

- RELATO GANADOR -

GEOLOGÍA

(Raúl Clavero Blázquez)

En los ojos de él palpitaba una suerte de magma primigenio. Los de ella brillaban con el frío azul de un glaciar. Cuando cruzaron las miradas, se supieron de pronto habitantes exclusivos de dos placas tectónicas destinadas a unirse.

Aquella noche, en la suite nupcial de un hotel de playa, entre gemidos y caricias, desataron una danza agónica de hielo contra fuego. El servicio de limpieza los encontró, aún en la cama, a la mañana siguiente. De él, sobre el colchón, sólo quedaba una feliz silueta de ceniza. Ella reposaba en la almohada, convertida en un discreto charco azul que comenzaba ya a evaporarse.

- 2º PREMIO -

QUIZÁS OTRO DÍA
(Marta López Cuartero)

Con los prismáticos otea el horizonte desde el punto más alto de la nave, y grita con vozarrón de marinero experto "¡Tierra a la vista!". Bajo un mar de nubes blancas, los pinos se perfilan nítidos como islotes en las cornisas escarpadas de las agujas de Santa Águeda. La campana de la iglesia de Santo Tomás suena a lo lejos, varada en la atonía de la niebla. Cuando comprueba que no hay viento de poniente, baja despacio desde la torreta de la azotea, iza los toldos de la terraza principal como si fueran las velas del palo mayor. Con un gran suspiro interior, se abotona la chaqueta de color burdeos hasta el botón del cuello y con su gorra calada al estilo de lobo de mar, se dirige cabizbajo a la recepción del hotel. Hoy tampoco habrá un naufragio, y los clientes pronto bajarán, hambrientos, a desayunar.

- 3° PREMIO -

LA PLAYA

(Antonio Cano Rodríguez)

Los últimos rayos del sol de la tarde proporcionaban un color dorado a su desnuda piel. Disfrutó con calma de esa vista, mientras los ecos de los aterrorizados gritos de las últimas personas en abandonar la playa del hotel aún resonaban por la cerrada cala. Dejó escapar un suspiro suave, no quería que ella se despertase en este momento final. Sonrió con ternura; probablemente los auriculares con los que se había quedado dormida, habían protegido su sueño. Mejor así. Guardó en su retina, como un precioso tesoro, hasta la última curva de su cuerpo. La enorme ola se acercaba de una manera extrañamente silenciosa hacia la costa; una masa letal de un verde esmeralda que rivalizaba en hermosura con el de los árboles de la cercana selva. Casi sintió que ella no pudiera verla. Ya ocultaba por completo el horizonte, bloqueando la luz del agonizante sol tropical. Se preparó para el impacto, apretando suavemente su mano.

Comenzar de cero

(Carlos Walter Santana Rodríguez)

Me asomaba a la ventana de la habitación del hotel y el paisaje era otro.

Donde por primera vez hubo una playa, aparecían dunas para luego volver a inclinarme sobre el marco de aluminio y descubrir cualquier otra instancia.

Me preguntaba si todo aquello no sería el resultado del último brandy, pero la escena continuó repitiéndose infinitamente y opté por aceptar la posibilidad de que la ventana fuera uno de esos cuadros electrónicos que cuelgan de algunas paredes y uno debía observarlos como quien disfruta de una auténtica obra de arte y permitir que esa otra realidad transfigurara nuestra percepción objetiva de las cosas y comenzar desde cero; ser tan solo un niño que se maravilla y abre mucho los ojos porque teme extraviar toda la magia de golpe.

Habitación 420

(Mario Parra Barba)

La pareja se había encerrado en la habitación. Llevaban dos días fantásticos en aquel hotel valenciano en primera línea de playa. Pero ahora todo había cambiado.

Un par de horas antes, justo cuando la pareja se disponía a bajar a la playa para pasar la tarde, unos horribles alaridos retumbaron por el pasillo de suplanta. Él tenía intención de salir para ver qué ocurría y ayudar en caso de ser necesario, pero ella le imploró que se quedara a su lado.

Llamaron a recepción. Nadie contestaba al principio. Hasta que alguien descolgó el teléfono. Un gemido constante precedió a una voz ronca y terrible que dijo: “el servicio de habitaciones pasará por su habitación, tenga paciencia”. El terror inundó sus cuerpos.

Fuera quien fuese iba entrando por la fuerza en cada habitación, y era entonces cuando comenzaban los chillidos, los forcejeos, las carreras y los gritos de socorro.

Ella había llamado a la policía, pero cada vez estaban más cerca de su habitación. Habían escuchado cómo acababan con la vida de un vigilante de seguridad del hotel y con la pareja de ancianos de la 416.

La pareja lanzó un último vistazo por la ventana hacia la cálida playa. Podían observar cómo la gente se divertía y descansaba, ajena a esos horribles acontecimientos. Habían intentado gritar desde la terraza en vano.

Fue entonces cuando comenzaron a sonar los golpes en su puerta. ¿Qué se encontrarían cuando ésta cediese? Se dieron un último beso. Estaban preparados para cualquier cosa.

Una Plaga con salero

(Yolanda Almansa Saura)

Revoloteaba sobre mi cabeza con actitud desafiante y no pude reprimirme. Un brazo rápidamente alzado, un zigzag de mano al aire y conseguí apresarlo. La satisfacción pintó una expresión triunfal en mi rostro que se desvaneció al instante ante la circunspecta mirada del Gerente. «Novata tenía que ser», gritaba a voces su silencio. Comprendí de inmediato que la caza de mosquitos no debía practicarse detrás del mostrador de Recepción.

Se acercó la señora Ingrid, alojada en la habitación número ciento quince, y, para mi sorpresa, solicitó las señas de mi profesor de flamenco. «¡Cómo no!

El cliente siempre tiene la razón» Si mi particular cacería tenía aires de flamenco, pues eso era. Para salir del apuro, le ofrecí tres pasos aprendidos en el Instituto. Se fue encantada con el tríptico informativo de una Escuela de Danza en la mano y su toalla de playa en la otra. Salió del hotel dando giros de peonza y alternando un extraño «cojo-tiro» con las manos.

Un movimiento repetitivo a izquierda y derecha en la cabeza de mi superior, se alejaba sobre su espalda, sin soltar ni media palabra. «Tierra trágame».

Terminé mi turno, arrastrando la sombra del mal augurio provocado por mi insensatez. Me vestí de calle, con pantalón corto, top de tirantes y zapatillas de lona. Ya en la acera, repetí mi consabida gracia con otro díptero amenazante. «La plaga de este año disparará las clases de baile!», dijo una conocida voz por detrás.

En la calma del mar dormido

(Ainhoa Bárcenas Escarti)

La noche se podía reflejar en el agua, todo estaba en total y plácida calma.

Las olas apenas se escuchaban en el fondo, como cuando un gato dormido ronronea. Disfrutando de la noche, la soledad y la playa Pablo solía provechar para darse un baño. Era un experto nadador, y era un noctambulo empedernido. Aquella noche al salir del agua vislumbró unas sombras en el antiguo hotel. Aquella mole junto al mar, había pasado de moda hacía mucho tiempo, ahora todos los turistas preferían las piscinas en vez de la arena y la playa privada. Y allí resistía con toda la vejez pesando sobre sus muros. Pero a esas horas no solían pasearse sombras por el hotel y menos en la suite que ya nadie usaba. Pablo iba a regresar a casa cuando escuchó unos sonidos extraños como de petardos agudos. Sin más quiso entrar a ver qué pasaba. Silenciosamente se acercó a la puerta del hotel, se dirigió al hall dónde siempre estaba Carlos, un antiguo amigo del colegio que leía más que otra cosa en sus horas de trabajo. Pero no había nadie. De nuevo otra vez esos extraños sonidos, venían del piso de arriba. Subió despacio cada piso, hasta descubrir que los sonidos provenían de la suite. Al acercarse a la puerta, la encontró medio abierta. Entró silenciosamente y sintió como un pinchazo en el pecho acompañado del extraño sonido. La ruleta rusa había añadido un protagonista.

Probando que los Pájaros son grandes admiradores de los milagros

(Yaiza Lorena Díaz Pérez)

Hacía un día de esos intensamente azules, el mar y el cielo se confundían en una línea inconsistente y difusa, plagada de átomos salados, de trozos de aire roto y de mini crestas de olas brillantes. Todo este espectáculo silencioso era apreciable desde la ventana de mi habitación del hotel, así que decidí abrirla de par en par para que la luz me inundara como un tsunami bondadoso. Estando de vacaciones todo cobra un ritmo nuevo; a mí me encanta “perder” el tiempo en observaciones aparentemente inútiles que luego llenan álbumes de fotos, diarios de viajes y, sobre todo, rincones de la memoria.

Por cosas así, me vi aquella mañana mirando por aquella ventana estrecha y bebiéndome los aromas salados de la brisa. Y, probado que los pájaros son grandes admiradores de los milagros, pasó que aquel diminuto colibrí entró como un rayo verde en la habitación y lo decoró todo con los reflejos de su delicado plumaje hasta que posó sus microscópicas patitas en el bode del espejo, se colgó boca abajo como un experimentado trapealista ruso y observó enamorado su reflejo.

Sentí una ternura infinita mientras él en su empeño comenzó a revolotear ante el espejo, tratando de encontrar un hueco empujando con su frágil cabecita la superficie plateada. Y entonces,... ¡Plop! apareció del otro lado y asistí maravillada a aquello inexplicable que acababa de suceder, los pajaritos gemelos, ya juntos, me miraron petulantes y se alejaron volando rumbo al cielo enmarcado en la ventana que el espejo reflejaba.

Otros tiempos

(Eva Vidal Martín)

—Entonces, señor Prades, usted que estuvo aquí desde el inicio, ¿diría que en estos años el hotel ha envejecido bien?

— ¡Oh si, muchacho! Desde luego, e incluso mejor que yo. Al principio... ya sabe, eran otros tiempos. Empecé como chico de los recados y terminé como responsable de recepción. Entonces esas cosas pasaban. El hotel se ha mantenido firme, mirando al mar, como se concibió, pero se ha adaptado.

¡A mí aún me cuesta hacerme a la idea de que estoy retirado!

—Para terminar la entrevista, me gustaría preguntarle por sus más ilustres huéspedes, de los que tanto se ha hablado.

—Todo cliente era ilustre cuando atravesaba las puertas de nuestro hotel, tendrá que ser más específico.

—¡Vamos! Aquel romance fue muy sonado.

—Es la edad, ¿sabe? la memoria me falla. Hubo mucho amor en este hotel, siempre creí que era cosa del murmullo del agua.

El periodista, sonriendo, apagó la grabadora y recogió sus bártulos.

—Ha sido usted muy amable, señor Prades, y me ha regalado una entrevista fantástica.

Se estrecharon la mano a modo de despedida y mientras el joven se alejaba, el viejo encargado de recepción sentado en la sala alzó la voz.

—Se amaron profundamente hasta que ella murió. Pero eran otros tiempos, ya le digo, estaba mal visto. Él siguió viniendo después a recordarla.

Paseaba por el puerto y las playas, como solían hacer. Hasta que murió también.

—Ya no estoy grabando, señor.

—Lo sé.

El Retrato

(Ana Isabel Velasco Ortíz)

Despierto con el calor del sol colándose entre las sábanas.
Mis primeros pasos terminan en el comedor del hotel. Tomo asiento en una mesa cercana al gran ventanal. Saboreo el café y mis ojos se detienen en las gentes que me rodean. Me contagio de la alegría que se respira en el recinto.
Inicio el camino de la playa y acabo por sumergirme en el agua tibia del mar que parece llamarme con un sonido suave, como la voz de un niño, requiriendo mi compañía.
El tiempo me pertenece y dejo que se vaya en largos paseos, en la lectura de un libro al pie de la piscina, en la contemplación de un cielo siempre sereno y azul.
La tarde me sorprende entre las acuarelas que expone un artista callejero.
Un instante fugaz y mis pupilas quedan prisioneras. Allí, en uno de los lienzos aparece mi rostro. El asombro me impide articular palabra.
Alguien pregunta por el retrato. El pintor dice que tras dibujar los rasgos, decidí recoger el encargo al volver de la playa. Nunca regresé.
Y con sus palabras recuerdo que el mar se llevó mi último aliento intentando salvar un niño que se ahogaba.
Ahora sé que el pequeño volvió a la vida y yo, me resisto a dejar este lugar.
Tal vez por la voz infantil que me acuna entre las olas, tal vez por el cielo limpio que me trae la paz, tal vez porque no concibo un lugar mejor donde pasar toda la eternidad.

Cerca del Mar

(Ana Isabel Velasco Ortíz)

Es uno de los camareros del hotel y le gusta su trabajo. Tiene la certeza de haber desarrollado una especial intuición, que le permite, adivinar sentimientos ajenos a fuerza de atender las demandas de los huéspedes.

Lleva días observando la joven solitaria, que avanzada la mañana, se acerca a la barra y pide un vermut. Coge el vaso, sale a la terraza exterior y pasa el tiempo con la mirada perdida en la línea de playa. Él, contempla la imagen y decide, que es el ser más hermoso que ha visto jamás.

Sin motivo aparente, un desasosiego persistente le dice que debe hallar un amor, que llene esa especie de abandono, que parece arrastrar la mujer, y agudiza los sentidos, buscando entre los residentes del complejo, la pareja que ella merece.

Luego, imaginará la forma de provocar un encuentro definitivo y se felicitará por haber logrado que dos almas gemelas conozcan la pasión.

Un día más, la muchacha recoge la bebida y se aleja. Él, descubre un papel doblado que reposa en el mostrador. Sabe que ella lo ha dejado allí. Abre los pliegues y lee desconcertado.

_ Soy la chica del vermut y quiero conocerte.

Sus manos tiemblan. Las sienas le palpitan a un ritmo frenético. Al fin, acierta a escribir.

_ Mi turno termina a las seis.

Deposita la nota en una bandeja y camina decidido al encuentro de unos ojos que descubre, irradian el azul intenso del mar

Llego tarde

(Ignatius Oscoz)

Le doy un último beso, me levanto y contemplo su belleza, sus masticables piernas sobre la cama. Le digo «Te llamaré» sonriendo con la mirada y salgo a la noche, el corazón de ella atado a mi muñeca y suspendido hacia el cielo. Llego tarde pero siempre hay tiempo para aspirar una bocanada de mar, mirar el horizonte calmo del Mediterráneo.

Luego echo a correr. Gano la esquina, salto a la carretera y cruzo la avenida entre bocinas, frenazos y juramentos, y sigo corriendo hasta llegar al hotel.

Salto a la playa, sigo corriendo y, previa sacudida, entro por la puerta deservicio. Sin problema mayor, me escabullo entre los fogones y subo las escaleras sigiloso.

El gran salón está abarrotado de elegantes invitados con cara de aburridos.

Despliego mi ensayado disimulo y subo al escenario por detrás.

Automáticamente, la mirada de Marcos me atornilla al suelo.

Pero nada importa, era bella su espalda blanca, laberíntico su pelo rizado. Y entonces el respetable aplaude violentamente. Es la hora. El Gran Marcus se ajusta la pajarita y levanta los brazos al cielo.

Yo ocupo mi lugar dentro de la chistera con implacable profesionalidad y una levísima sonrisa en mis labios.

El Tiempo detenido

(Ana Isabel Velasco Ortíz)

Sin darse cuenta, sin previo aviso, es un hombre jubilado. La mente y el cuerpo le piden recuperar algo perdido que no acierta a definir, pero que le corroe por dentro. Ha buscado un lugar cerca del mar y ahora está en la habitación del hotel contemplando la línea azul del horizonte.

El largo paseo por la playa le ha serenado el corazón y con un ímpetu renovado, accede al comedor, toma asiento y se dispone a saborear la cena.

Sus pupilas se detienen en una mujer que abandona la estancia. Siente que algo le une a ella. Una imagen que regresa del pasado y le trae amables recuerdos.

Decide que no se equivoca, que una vez besó sus labios y se refugió en aquellos ojos claros.

Un impulso le lleva tras ella y llega a la plaza del pueblo adornada con luces de colores y llena de gente que gira al compás de la música.

Tiene la certeza de que el tiempo se ha detenido. Vuelve a ser un joven despreocupado y feliz.

Con paso firme camina al encuentro de la muchacha que fue su primer amor.

Sabe que bailaran bajo un cielo lleno de estrellas, que se juraran pasión eterna y que esta vez, las promesas del ayer no se perderán en el olvido

La Cita

(María Cristina Marí Torres)

Entré como una exhalación en el restaurante del hotel, y sin detenerme a preguntar si había llegado ya mi acompañante, un tal Pablo Segura con el que tenía concertada una cita a ciegas, me dirigí a la única mesa ocupada por un hombre.

—Disculpa el retraso —le dije, acompañando la frase con mi mejor sonrisa ya acomodándome después en una butaca junto a la suya.

—Acabo de llegar... —respondió él, mirándome fijamente—; pero debo confesar que no sé si...

—No te preocupes —le interrumpí yo, añadiéndole después con voz queda y bajo un leve aleteo de pestañas—; también es mi primera vez.

Cogí entonces la carta, y tras ojearla unos instantes comenté,

—Permíteme sugerirte la especialidad de la casa: colas de bacalao en papillote con reducción al Pedro Ximénez, acompañadas con brotes de soja aromatizados con jengibre fresco y un puré de calabaza con crujiente de jabugo.

—Bueno... —asintió él, contemplándome admirado.

—Y como maridaje, un excelente vino blanco de la comarca. La cosecha del año pasado fue excelente.

—Naturalmente —se apresuró él a ratificar.

Tras degustar aquella exquisita cena, el hombre, satisfecho, extendió su mano para felicitarme.

—¿No habías comido nunca aquí? —le pregunté, aunque sorprendida por aquel gesto tan poco romántico.

—No, y no podía imaginarme que en este simposio sobre turismo de Benicàssim incluyesen también el servicio de una guía gastronómica como acompañante.

De repente sentí cómo el color sonrosado de mis mejillas iba transformándose en blanco ceniciento

—¿Su nombre es...?

—Javier Sandoval, para servirle.

Habitación 66

(Sara Morató Rubio)

Aquella pareja adicta a las emociones fuertes se encontraba en la habitación donde, según circulaba en la red, habitaba el espíritu de aquella joven que murió ahogada a escasos metros del hotel. Eran cerca de las diez y allí no ocurría nada, así que, como estaban hambrientos, decidieron bajar al restaurante. Mientras tanto, Laura aprovechó para entrar a la 66. Una vez allí, se puso el bañador, se pintó las ojeras, se colocó las algas sobre el cabello, y por último, esparció arena por el suelo y se escondió en el balcón. Minutos más tarde, la pareja entraba por la puerta. Estaban algo ebrios, y al ver la arena por la habitación, se cogieron de la mano y caminaron en silencio. De repente, escucharon un estornudo, y el joven, decidido, corrió las cortinas del balcón. Al ver la aterradora imagen de Laura, ella dio un grito desgarrador, y él se puso a reír estrepitosamente. Pasados unos minutos, dejó de reír y se echó al suelo. Al percatarse de que aquello no era un simple desmayo, Laura intentó reanimarlo con un boca a boca mientras la chica contemplaba la escena en estado de shock.

El joven murió poco después en una ambulancia, y su risa nerviosa comenzó a resonar por toda la habitación. Al día siguiente, en la cola de la oficina de empleo, Laura se preguntaba si se había vuelto loca, mientras el dueño del hotel se frotaba las manos al ver llegar a todos aquellos parapsicólogos expertos en psicofonías.

El Escritor

(Antonio José Quesada Sánchez)

—O sea, me estás diciendo que ese tipo viene a Benicàssim a encerrarse en el hotel a escribir, ¿no es eso? –comenta Ernesto, y da un trago de su bebida.

—Más o menos, sí –contesto, aunque tampoco sea del todo exacto.

—Pues no lo entiendo, chico. El Hotel Montreal es paradisíaco, pero... ¿venir desde tan lejos para no salir de la habitación? –Ernesto sigue sin entender.

—Hombre, tampoco es eso –matizo y doy un trago de mi bebida-. Tampoco es que no salga de la habitación: simplemente digo que viene, sobre todo, a trabajar. Se deja ver por el restaurante, por la piscina (la piscina la frecuenta mucho; no me extraña), y también sale por ahí, claro. Pero, básicamente, viene a trabajar.

—Pues chico, sigo sin entenderlo. Con este paraíso que tenemos aquí – en ese momento pasan junto a nosotros dos chicas espectaculares, camino de la piscina, que interrumpen las reflexiones de Ernesto. Me ofrece su vaso-. ¡Por el Hotel Montreal y por los placeres terrenales!

—¡Por el Hotel Montreal, por los placeres terrenales y... por nosotros, que no somos escritores! –brindamos.

—Efectivamente: que el escritor siga trabajando, que nosotros viviremos por él.

—Es curioso: tengo entendido que sus textos están plagados de espectaculares mujeres, aventuras inimaginables, piscinas de hoteles, playas...

—... Y lo inventa todo desde su habitación.

—Más o menos –aclaro.

—Estos escritores están locos –comenta Ernesto, y apura su bebida

Amor de Verano

(Antonio José Quesada Sánchez)

Siempre he tenido los pies en la tierra, o al menos eso creo. Tampoco puedo asegurar que nunca haya hecho nada que se saliera de lo normal: uno, a veces, comete locuras, realiza actos poco racionales o agarra una buena borrachera que no estaba en el guión, pero en líneas generales me tengo por un bonus paterfamilias, como dice el Código civil. Aunque ni me considero bueno ni soy padre de familia (¡vade retro, Satanás!: lejos de mí la funesta manía de procrear). Pero aquel verano hice cosas extrañas. No era tan joven, ya, aunque las cosas salen como salen. Y, con toda mi seriedad profesoral a cuestas, viví un amor de verano en toda regla. Un amor de verano de manual: Benicàssim, turista danesa, charlas en la playa (en inglés macarrónico no siempre compartido), besos furtivos a la orilla del mar, vuelta al hotel abrazados (compartíamos hotel: nada menos que el Hotel Montreal; esto facilitó todo), noche inolvidable, amanecer en pareja, desayuno compartido, días de playa, pasión y cenas con velas, adiós doloroso con promesa de reencuentro (en mi caso, con la banda sonora del Dúo Dinámico sonando en la cabeza: yo crecí –respetadme- con “Verano azul”), etc. Todo eso que se hace en un amor de verano.

Terminaron las vacaciones y la llamé alguna vez, al principio. Luego intercambiamos algunos correos electrónicos y, a día de hoy, pongo “*me gusta*” en sus entradas de Facebook. Algo que ella no hace con las mías, por cierto.

El viejo hotel

(Hermes Prous Collado)

Pudo haber sido en cualquier sitio; Lloret, Salou, Benidorm, Benicàssim, Torrevieja, La Manga, Nerja... o quizá no quiera acordarme. Como tampoco me acuerdo muy bien del nombre exacto; Bellamar, Mar y Sol, Marblau.

¿Quién sabe? Lo que si recuerdo es que era en un hotel de playa, uno de esos grandes bloques de hormigón rectangulares, con sus innumerables hileras de balcones que dan a la playa y a las azules aguas del siempre turístico mar Mediterráneo.

En aquel viejo hotel, pionero del turismo durante los años del milagro económico de los años sesenta de la pasada centuria, lugar que dio trabajo a centenares de nativos a lo largo de los años, como descanso y relax a miles de extranjeros de pieles pálidas, provenientes del frío Norte, ansiosos de sol abrasador y aguas cálidas y transparentes. Es ahí donde ocurrió lo indecible, lo fantástico.

Llevaba años cerrado, todas sus puertas y ventanas del primer piso habían sido cegadas con muros de ladrillo para que nadie entrara. El viejo hotel languidecía y se desmoronaba por momentos, mostrando una fascinante decrepitud, como tienen todos los lugares abandonados. Todo ocurrió una noche, cuando paseando cerca del ruinoso hotel, vi una de las ventanas del tercer piso que estaba encendida y pude divisar una silueta, una sombra. No fui el único que vio extrañas luces y sombras.

Aquella aparición me motivó para que volviera y realizara un allanamiento demorada, para explorar el viejo hotel. Del recibidor sonó un timbre.

—Bienvenido Señor. Le estábamos esperando.

Envidia (Miguel Sala Ramírez)

Mis amigos dicen que estoy loco, pero saben que la culpable es ella.

Es extraordinaria. Y sordomuda también, aunque lo compensa con su tacto fino, casi sedoso, un cuerpo que marea, labios gruesos y entreabiertos, nariz pequeña y respingona, dotada de unos preciosos y enormes ojos que hablan por sí solos.

Gloria es insaciable, un volcán de pasiones que me hace estallar sin compasión.

El caso es que probé suerte en un concurso literario tratando de ganar el premio consistente en un fin de semana para dos personas en un precioso hotel de la Costa del Sol. Quería darle una sorpresa a mi niña por nuestro aniversario e inesperadamente gané.

Así que allí nos encontrábamos, traspasando la entrada principal maleta en mano y presentándonos en el mostrador frente al conserje, al que Gloria deja impresionado.

—¿No me dirá que va a entrar aquí con eso?

— me pregunta aguantándose la alegría.

—"Eso" tiene nombre. Se llama Gloria aunque no pueda hablar

— le contradigo con enfado.

—Perdón— recapacita el hombre dando un paso atrás.

Menos mal que se disculpa porque a mala leche no me gana nadie.

— ¿Hay algún problema? - le reto.

—Bueno... hay un pequeño detalle— objeta peinando su lacio pelo.

—¿Cuál? - apremio.

—No se admiten muñecas hinchables en el hotel como acompañantes.

Sé que la envidia le corroe. La veo asomar entre sus dientes en forma de risa.

Cita en el Hotel

(Manuela Vicente Fernández)

La anciana espera. Siempre está en el mismo sitio. En su tumbona, en la terraza del hotel, frente a la playa. “Únicamente falta a su cita cuando está enferma” le informa la recepcionista. “Espera a un novio que tuvo de joven.

Le prometió volver y casarse con ella”. Aun siendo anciana es una mujer de muy buen ver. De exquisitos modales y porte bien cuidado. Piensa que cualquiera que espere tanto tiempo merece su recompensa.

A la mañana siguiente la anciana no está. Le pregunta a la recepcionista. “Se ha ido” informa con cara de circunstancias. “Ha sido esta noche. Dejo una carta para usted”. Con manos temblorosas el anciano extrae la carta del sobre, mientras se lleva la mano al pecho, con el tiempo justo de leer:

“Espérame en el cielo”.

El último eslabón

(Lorenzo David Rubio Martínez)

Mientras tomaba cava y ostras en el self-service de aquel hotel en el que me alojé durante unos días, observaba detenidamente al resto de turistas. Me fijé en un hombre con larga barba blanca, taciturno y solitario que, cuando creía que nadie le miraba, echaba burbujas por la boca. Pensé que quizá sería de los míos y así podríamos perpetuar nuestra especie. Me acerqué y, decidida, le invité a bañarse conmigo en la playa. Lo sabía. En cuanto las olas rompieron en sus dedos escamados apareció su cola de tritón. Cogidos de la mano, nos adentramos en el mar y, felices, hicimos piruetas sobre la solas para celebrar que íbamos a dejar de ser una especie en extinción

Barman

(Lorenzo David Rubio Martínez)

El ojo de la cerradura no había manera de encontrarlo, pero se había jurado no rendirse jamás. Espoleado por conquistar a esa mujer de la que se había enamorado a primera vista, continuó sin descanso durante todo el día probando con cada una de las cerraduras. Cuando lo intentó con todas las de la primera planta, continuó con las de la segunda, rezando para que se hospedada en ese hotel cercano a la playa, pero continuaría probando una por una con todas las cerraduras de los hoteles de la costa y de los apartamentos con tal de volver a ver a esa turista que conoció en la fiesta de la dunas y de la que la única pista de la que disponía era la llave que se dejó olvidada en la barra donde le sirvió un *sex on the beach*

Boca a Boca

(Lorenzo David Rubio Martínez)

El incómodo cadáver que apareció flotando en la orilla, el buhonero que cayó fulminado de una insolación, el buceador que fue atacado por un tiburón y ese padre de familia que se asfixió jugando con sus dos niños a enterrarse bajo la arena, todos ellos se habían confabulado para fastidiarme el primer día de playa tras mi divorcio. Así que, exasperada, y sin saber nadar, me levanté y me adentré en el mar hasta que comencé a presentar síntomas de ahogamiento, pues ya me había hartado de que, cada cinco minutos, me interrumpieran cuando estaba a punto de llevarme a la habitación del hotel a ese socorrista que estaba tan bueno

Campo de honor (Ángel Saiz Mora)

Teníamos previsto salir temprano, pero los niños pidieron un último baño.

Todos dormían cuando abandoné la habitación. Saludé al recepcionista de guardia. Había madrugado mucho para plantar la sombrilla en primera línea. Nada más hacerlo, un jubilado iracundo reclamó ese espacio. Alegué que había llegado primero, pero él no se avino a razones. De su bañador extrajo un guante, prenda de invierno fuera de lugar que arrojó sobre mis chanquetas. Por desgracia, en la sombrilla figuraba el nombre de nuestro hotel a pie de playa. Dijo que ese establecimiento sería el campo del honor, que me esperaría allí al siguiente amanecer y que llevase padrinos. Supe que no bromeaba cuando se marchó tras mencionar algo sobre armas cortas.

Regresé sobre mis pasos. No tuve estómago para tomar el último desayuno en el comedor. Ni siquiera me despedí de las simpáticas camareras. Sin explicaciones, metí prisa a la familia, hice las maletas lleno de zozobra, entregué llaves y liquidé cuentas. Me sobrevino un sudor frío al imaginar a aquel hombre en el vestíbulo, pistola en mano, con la exigencia de reparar su honra. Había recuperado de golpe todo el estrés perdido esos días, también la palidez. Respiré con cierto alivio al arrancar y más al llegar a casa, pero ya no soy el mismo, sufro una lacra inconfesable de cobardía y deshonor y, lo que es peor, no sé cómo justificaré ante mi mujer que no pienso volver el año que viene a ese hotel que a ella le encanta.

El Escudo del Mar

(Salvador Robles Miras)

La mujer, viuda de un marino mercante e hija de un pescador artesano, pese a los luctuosos pronósticos médicos, se negó a que su hija continuara recluida en el pabellón de enfermos terminales del Hospital Virgen del Carmen, ubicado en el centro de la ciudad.

—Pero, señora, su hija se muere sin remisión. Ha rechazado el trasplante de médula por segunda vez. La Medicina ya no puede hacer nada más por ella.

Como mucho, le quedan unos meses de vida.

—Aquí fallecerá incluso mucho antes de lo que usted augura. La Muerte se sabe de memoria el camino al hospital Virgen del Carmen. Ya veremos si es capaz de encontrar a mi hija a unas decenas de kilómetros de distancia, en el corazón de la belleza.

—Dondequiera que lleve a su hija, señora, la Muerte dará con ella. Y no se imagina usted lo mucho que lamento tener que hablarle en unos términos tan crudos.

—Es posible que la encuentre, pero seguro que le cuesta muchísimo más trabajo.

La madre se llevó a la muchacha, hija de un marino mercante y nieta de un pescador artesano, a un hotel, situado al pie de una colina, frente a la inmensidad del mar Mediterráneo, el rincón más hermoso de la tierra. ¿Y si la Muerte no sabía nadar?

Doble Sueño

(Miguel Ángel Días Martínez)

En la pasada noche no tuve un sueño, sino dos.

En el primero soñé que pasábamos las vacaciones en un hotel de playa y todas las mañanas me levantaba sigilosamente para no despertar a mi mujer, me ponía la ropa de deporte y salía a correr por el vacío paseo marítimo de Benicàssim. Hasta aquí un bonito sueño, ¿no? Pero al volver de mi carrera matutina soñé que abría la puerta del apartamento y encontraba en el salón un reguero de ropa desparramado por el suelo, entre el que distinguía su blusa azul, su sujetador púrpura y unos calzoncillos tipo bóxer que, aunque siempre he sido bastante despistado, no reconocía como míos.

Respiré hondo, entré con decisión en el dormitorio y me encontré con la frase típica: “ay cariño, no es lo que parece”.

Fin del primer sueño.

Reconfortado por volver a la realidad, pero aún con tiempo de poner las cosas en su sitio (eran las 3:30 de la madrugada) cerré de nuevo los ojos para intentar volver a la escena de los hechos. Y aunque estas cosas no suelen ocurrir, en esta ocasión tuve la suerte de soñar el mismo sueño. Y soñé con el mismo hotel de Benicàssim, con el mismo revoltijo de ropa, la misma blusa azul y los mismos calzoncillos tipo *boxer*. Soñé que respiraba hondo, entraba con decisión en el dormitorio y, dispuesto ahora a perpetrar la mayor de mis venganzas, me encontré con que los dos se habían escapado por la ventana.

Sabor a sal

(Laura Llargués Gratacós)

Los pasos me conducen hasta el paseo marítimo. El frío viento de otoño me golpea sin avisar, recordándome una vez más lo lejos que ha quedado el verano. Me subo la cremallera de la chaqueta y busco asiento en un banco, mirando el mar. Nunca he sido un romántico y odio el frío: sé que dentro de poco lo dejaré de hacer. Pero de momento, de vez en cuando me gusta venir aquí y pensar. Cerrar los ojos y volver a julio en Benicàssim.

Recordar su pelo cobrizo bajo el sol, y la sal en sus labios. Las noches que se convertían en mañanas en la 202 del Montreal. Los paseos por la playa, las copas a las cinco de la tarde. Y a las tres de la madrugada. El sonido de su risa, que de vez en cuando vuelve a mi mente para recordarme que estuvo allí.

Guardo las polaroids en un cajón, junto a la colección de conchas. En realidad hay tres o cuatro, pero Natalia decidió bautizarlas así.

Me enciendo un cigarrillo volviendo a la realidad. Saboreo por última vez los recuerdos, exhalando despacio el humo con ellos. Una ráfaga de viento se los lleva y los esparce por la ciudad.

Aerosedución

(Lidia Camíns Vinós)

Bajando en el ascensor del Hotel Montreal un penetrante olor a colonia de hombre me hizo soñar con una aventura romántica. El aroma me transportó desde el hall hasta la terraza, donde un caballero, con las sienes plateadas y elegantemente vestido, paladeaba un *drymartini*. Me planté de él, como un pasmarote, embriagada por aquella fragancia de pomelo y menta, y tras percatarse de mi presencia me preguntó educadamente qué deseaba. «Su colonia... Su colonia es... cautivadora...» acerté a decir en un balbuceo. Él sonrió y mirándome seductoramente dijo: «Para eso son las colonias. Si acepta una copa de champán en mi suite, después de la cena, podrá impregnarse de ella cuanto quiera...». Me emocioné con aquella propuesta pensando en que reunía todos los ingredientes para que fuera una noche única y especial. Las horas se me hicieron eternas, como una colegiala en su primera cita, aguardando el momento de aspirar y embeberme de aquel efluvio que me había hipnotizado. Mientras cruzaba el pasillo alfombrado de la novena planta, el pulso me temblaba y pensé si aquel hechizo era real o imaginario. Apenas rocé la puerta de doble hoja esta se abrió y un aluvión de bergamota y calicanto inundó mis fosas nasales. El pasillo estaba claveteado de velas que conducían a una mesita baja en la que reposaban dos copas con burbujas doradas, y antes de que mis ojos pudieran atisbar la figura que se acercaba, caí rendida al suelo, vencida por aquel derroche de los sentidos.

El Vendedor de toallas

(Luciano Montero Viejo)

En la playa Heliópolis abundaban aquel verano los rostros exóticos. Algunas mujeres chinas ofrecían masajes de pies, unos pakistanís despachaban bebidas, dos marroquíes alquilaban hamacas... y ese día apareció un joven con una túnica púrpura vendiendo toallas. Fue directamente hacia una familia que tomaba el sol cerca de mí. Tenía unos penetrantes ojos negros, y creo que sólo yo observé la intensa mirada de complicidad que intercambié con la hija adolescente. Entonces recordé haberle visto por el hotel en que aquel grupo y yo nos alojábamos.

Los padres no pusieron inconvenientes cuando la chica se interesó por una toalla. Preguntaron al vendedor de dónde era, y éste respondió enigmáticamente: “Bagdad”. Cuando se marchó, la chica extendió la amplia toalla y se estiró sobre ella. Lejos de relajarse, me pareció nerviosa y expectante, incluso algo pálida.

Sin duda fui el primero en verla despegar. Ganó altura mientras abajo se hacía un silencio de estupefacción. Cuando brotaron las primeras exclamaciones enfilaba ya hacia el horizonte marino, hasta que fue solo un punto y por fin desapareció. Luego supe que algunos bañistas la tomaron por una extraña y veloz ala delta.

Supe también, unos años después, que nunca más habían encontrado a ninguno de los dos.

Con vistas al cielo

(Vera de Lope Calvo)

Cada noche, desde su mayoría de edad, se escapaba furtivamente de casa. Esperaba desde altas horas de la mañana hasta que bajo las estrellas sólo jugaba el silencio y, sólo entonces, se deslizaba por la playa de Voramar.

Sumergida en ese mar de cálida arena, se recreaba con los miles de peces luminosos que colgaban por todas partes al ponerse el sol, petrificados por toda la eternidad. Su piel centelleaba al ritmo de las olas y, riendo en susurros, rodaba hasta que la orilla lamía los rastros de arena de su cuerpo desnudo.

A lo lejos vigilaba el gigante cuadrado; oscuro y callado, aunque respetuosamente intimidante. A menudo fantaseaba con ser una doncella ala que éste tenía cautiva, presa de sus deseos, esperando a que un príncipe viniera a salvarla o resuelto a dar su vida luchando por ella.

Pero el príncipe nunca llegaba.

Siempre, momentos antes de que el alba comenzase a desperezarse, oía los arrullos de las ballenas desde lejos, a kilómetros dentro del océano, avisándola de que el tiempo se agotaba. Suavemente, reptando con delicadeza, se sumergía entre las olas dejándose llevar por sus absorbentes manos hacia su interior. Y, cuando Benicàssim se transformaba en la estrella más brillante del horizonte, agitaba su larga cola de sirena y nadaba con fuerza hasta las profundidades del mar.

La vieja fotografía

(Carmen Hernández Montalbán)

Estuve buscando durante todo el año un lugar donde el silencio y el olor amar transmutaran mi cansancio en energía renovada, hasta que lo vi. No fue en ningún catálogo de esos en los que las agencias de viajes nos los pintan paradisíacos. Estaba ordenando el álbum familiar en casa de la abuela y lo vi. En la fotografía, el hotel estaba en una colina junto a un acantilado. En un primer plano, una mujer sentada en un cenador, sonreía al fotógrafo y parecía mirarlo con ojos de enamorada. Pregunté a la abuela, con la esperanza de que su avanzado Alzheimer dejara pasar una chispa de memoria al contemplarla. Cuando la vio, dejó aflorar una expresión de sorpresa, después sonrió, no tuve la mínima duda de que aquella mujer era mi abuela. Detrás de la fotografía, estaba escrito: Hotel Olvido, viaje de bodas, 1924, Benicàssim.

La huida

(Concha Fernández González)

Claudio Espinosa comprobó que el escritor acababa de sentarse otra vez en la terraza de aquel hotel de playa de Benicàssim con su ordenador delante. Mientras éste contemplaba el mar, Claudio se preguntó con desesperanza en que tortuosas aventuras le iría a embarcar aquel día. Él era un tipo tranquilo que detestaba los conflictos, por eso, cada vez que el escritor improvisaba en la terraza del hotel su escritorio y se disponía a crear, Claudio se estremecía. No le gustaba la vida que éste estaba imaginando para él.

Esperó a que el escritor cerrara los ojos, como hacía habitualmente antes de comenzar a teclear y, cuando lo hizo, bajó rápidamente de renglón en renglón y se situó en la última palabra de la página. Desde allí saltó a la mesa y se escondió detrás del ordenador. Cuando el escritor pulsó la primera tecla, Claudio se deslizó por el cable de conexión y llegó al suelo. Luego, sin volver la vista atrás echó a correr.

Con el primer paso en libertad que dio, aquel personaje literario descontento de su papel, comenzó a escribir su propia historia.

Ecos

(María José Fernández Gómez)

Desde la carretera me llegan los gritos entusiasmados procedentes de los altos toboganes, aunque cuando miro, la cerrada estructura me despide con reflejada nostalgia: el parque acuático hiberna plácidamente.

El eco de nuevos gritos, de música y fiesta, también me acerca al ya pasado festival de Benicàssim, otro gran oso que pasa el invierno en silencio, recuperando fuerzas para el siguiente verano.

Los ecos se duermen mientras me adentro por el Desierto de las Palmas, el ayer es hoy, y el viento juega al escondite con los pájaros, que se esconde entre las ramas de los árboles. No los descubro, y con una sonrisa bajo hasta la playa, donde el eco se convierte en nuevo rumor, el camino se echa a descansar, y las olas borran las huellas de la arena: no hay ayer, no hay mañana, solo un presente cálido y eterno, donde nuevos ecos nacerán y despertarán dormidas sensaciones.

Luna de Miel

(Yolanda Nava Miguélez)

Han sido unas semanas fabulosas, una experiencia que hay que repetir. Todo ha estado, además, en su punto. El hotel una maravilla. Limpio, confortable, tranquilo. Y en primera línea de playa. Y Benicàssim es un auténtico paraíso. Hemos disfrutado de su patrimonio: sus villas, sus torres, sus inolvidables rutas. Y qué decir de su gastronomía. Y de sus fiestas...

—Cariño, ¿crees que será suficiente con los folletos y la información que nos ha dado *google*? Mira que tu madre es muy preguntona. Y muy lista.

La teoría del caos

(Alberto Palacios Santos)

Mi nombre es Joaquín y he trabajado durante diez años como encargado de mantenimiento en un hotel junto a la playa.

Durante todo este tiempo no ha sucedido nada especial, pero el verano pasado me dio por cambiar algunas cosas en mi trabajo. Dicen que si una mariposa mueve las alas en Hong Kong puede provocar un terremoto en Nueva York, pues bien, durante el mes de septiembre yo me he dedicado a provocar terremotos.

Comencé con la luz eléctrica, estarán conmigo en que dejar las habitaciones a oscuras puede traer consigo un sinfín de posibilidades. Durante una semana dejé sin luz a todas las habitaciones pares, la semana siguiente hice lo mismo con las impares y la tercera provoqué un apagón general todas las noches a las doce en punto.

Les aseguro que hubo de todo, llamadas de protesta, golpes, chillidos, también se denunciaron dos robos el primer día y seis el día del apagón total.

Una anciana dijo haber perdido a su marido y varias personas quedaron atrapadas en el ascensor, entre ellas una pareja de desconocidos que, cuando fueron rescatados, retozaban en el suelo.

No quiero entrar en detalles, pero el simple manipulado del cuadro de luces provocó un cambio en el destino de varios huéspedes y probablemente en la vida de todos nosotros, a mí, por ejemplo, me echaron de mi trabajo.

Espero que esta carta de presentación sirva para que me contraten en otro hotel. Me quedan tantas vidas por cambiar ...

Renacer

(Juan Antonio López Mezcuca)

Necesitaba esas vacaciones. Sentía como las cuatro paredes de mi habitación encogían un poco cada día, como la vista de ladrillo que se contempla desde la ventana me saca un poquito más de quicio, y como el trabajo me intoxicaba lentamente. Unos días más en casa y, a riesgo de sonar dramático, hubiera muerto. Por eso decidí escapar de la rutina, romper con todo, agarrar esa maleta que cogía polvo en el altillo, y venir aquí, al paraíso, a este hotel de playa lejos de la rutina, los plazos de entrega y de mi piso céntrico lleno de ruido. Las vistas ya no son esa horrible pared gris, sino una preciosa playa infinita, y la banda sonora de mis mañanas no son los pitidos y acelerones del tráfico, sino la canción de las olas rompiendo sobre la arena. Y ya no soy ese hombre aburrido y ojeroso lleno de citas, cafés con edulcorante y fotocopias unidas mediante clips que se pasa el día sentado en una silla en un despacho impersonal escuchando cosas que no le interesan y haciendo cosas a todas luces inútiles. Aquí soy lo que hacía tiempo que no era y que necesitaba volver a ser a toda costa. En este lugar soy yo mismo una vez más, como si hubiera renacido con la brisa marina.

Solo puede quedar uno (Ana Isabel Espinosa García)

Estaba en juego ganar una estancia de fin de semana. Teníamos que pasar 36 horas, en la playa, de pie y desnudos.

—Sera fácil— dijo mi parienta emocionada, porque se tragaba los culebrones de supervivencia.

Estábamos sin blanca y necesitamos ese descanso. Las primeras horas fueron fáciles, éramos muchos y nos apelonábamos cerca del hotel mirando sus instalaciones, desde esa playa de arena dorada.

—Ni se te ocurra dormirte, mamón.— dijo mi parienta, que fue a colegio de pago. -¡Para lo que le ha servido!- oigo en mi mente la voz de mi hermano, criticándola

—Para lo que te ha servido— me dice ella, con sueño atrasado porque llevamos horas en pie, mirando el hotel, con calambres en la espalda y frío por todo el cuerpo.

La gente cae como las moscas.

—Tú a aguantar— me dice por enésima vez, recordándome que con lo de la cartilla del paro, jamás podríamos ni acercarnos a un hotel como ese.

—¿Y *pa* qué te casaste conmigo?

— le recrimino y ella llora lágrimas que se confunden con la sal de la arena, con el faro que nos da la espalda y con las luces que se apagan en el hotel.

Solo somos ya otra pareja y nosotros y están agotados. Caen al poco, llorando. Veo llegar al director con la llave en la mano...

—Ya lo hemos conseguido- le digo intentando sonreír, porque mis piernas no me responden y estoy cayendo.

Obsesión

(Rafael Olivares Seguí)

Al instalarme en la habitación de aquel hotel, en primera línea de playa, me di cuenta de que el ojo de la cerradura no dejaba de observarme. Cambiaba de lugar y su mirada indiscreta me seguía sin pausa, sin pestañeo alguno.

Me estaba incomodando sobremanera y no conseguía concentrarme en nada. No podía leer, ni ver la televisión, ni hacer llamadas... Por pudor me puse el pijama en el aseo, fuera de su alcance. Al volver a la habitación allí seguía, esperándome. Sabía que no podría conciliar el sueño sintiéndome espiado durante la noche. Todo acabó cuando, de su oscilante ceja, colgué el cartel de «No molesten, por favor».

Contacto bajo el sol

(Miguel Ángel Gayo Sánchez)

Me reúno con mi confidente (una guapa espía infiltrada en las filas enemigas) en la habitación del hotel. Ella me pasará las coordenadas del lugar donde se realizará la entrega. Trabajar de *topo* le dota de una especial sensualidad.

—¿Te ayudo con la crema protectora? —se ofrece.

Respiro hondo y asiento. Serán muchas horas bajo el sol, mucha gente a la que vigilar.

Llego al lugar pactado para la entrega. A esa hora la playa *dels Terrers* se encuentra vacía. Instalo la sombrilla y la silla en primera línea. Me coloco las gafas negras y aguardo.

Estos contactos con el enemigo son peligrosos. Poco a poco la arena se llena de personas dispuestas a disfrutar de un día de playa y sol.

¡El sol! De pronto pienso en él. Me levanto y dejo que sus rayos me llenen de energía. Me identifico con ese astro luminoso. También él vigila y protege a las personas...

—¡Mariano, pareces atontado! Ya te han colocado una sombrilla delante. Es mi suegra (el contacto enemigo) cargada con la nevera y las fiambreras.

Le siguen mis tres niños y mi mujer (el *topo*, la guapa agente infiltrada). Me levanto y mi suegra me pasa los trastos. La entrega se acaba de efectuar según lo acordado.

—Mañana madrugas y te vienes antes —refunfuña mientras desplaza mi silla de la sombrilla para colocar la suya.

Me aparto y dejo que el sol me cargue de fuerza. ¡La necesitaré! Mañana se efectuará otra entrega.

Una escapada

(Silvia Sanfeliu Dengra)

Para una estrella del rock, su manager acaba convirtiéndose en una especie de padre, madre, hermano, amigo, esposa, secretario, psicólogo, estilista y confesor, además de en su sombra. Por eso, hay ocasiones en que le adoras, abrazas, besas y quieres más que a nadie en el mundo; y otras, como ésta, en que te exaspera hasta el punto de maldecirle y lanzarle lo primero que encuentras a la cabeza, antes de abandonar el camerino dando un portazo con la intención de despedirle y no volver a verle jamás.

Intentando calmarme paseé un buen rato junto al mar por aquella playa de arena fina y dorada. El tiempo era magnífico, y descubrí que Benicàssim, además de organizar un gran festival, era un hermoso y agradable lugar en el que poder pasar unos días de descanso. Tenía buena pinta, y me encontraba tan a gusto disfrutando de mi solitaria libertad, que entré en aquel hotel, pedí una habitación, e hice que me subieran algo de comer y una botella de buen vino que acabé de saborear tranquilamente mientras contemplaba el atardecer y a unos niños que se lo pasaban en grande en la piscina.

Dormí como hacía tiempo que no dormía y desperté feliz y sin recordar siquiera los motivos de mi enfado. Esa noche ofrecí uno de mis mejores conciertos, y cuando volaba de regreso a mi país pensé que si alguna vez vuelvo a enfadarme con mi manager, tal vez me escape unos días a Benicàssim y al Hotel Montreal.

Amigas

(Mercedes Lázaro Sánchez)

Si no lo hago me voy a arrepentir de no decirle que si quiere, la acompañaré a pasar este trance, como ella a mí. Aquel día, en este mismo salón con nuestro querido mar de fondo, Marta tenía mis manos entre las suyas y yo no dejaba de llorar porque Luis se había ido. Tomábamos un té muy caliente, a pequeños sorbos.

Releo su entrada en Facebook, lo único que nos une ahora, desde que ella se marchó de Benicàssim.

“ Mi vida, ahora, la haré sin su mano”.

Mis dedos tamborilean sobre la taza como si las terminaciones nerviosas se pudieran calentar a ritmo de té *rooibos*. Lo noto templado, a mi gusto. Marco su número de teléfono mientras contemplo el ir y venir suave de las olas. Está guapa en su foto de perfil, diferente desde la última vez que nos vimos. Tenía el pelo largo que sus dedos colocaban insistentemente tras las orejas o se hundían en la fina arena de la playa mientras me decía que no estaba dispuesta a ver cómo Miguel me trataba mejor que a ella. Este corte a lo *garçón* le favorece, hasta parece más joven, tres años que han corrido a su favor.

La luna reflejada en el mar ilumina toda la habitación mientras escucho las señales de llamada al ritmo de mi corazón, acompasadas y fuertes, con el último sorbo de mi delicioso té oigo su voz, tan familiar, al otro lado del móvil.

Estrellas en la playa

(Álvaro Montaner Navarro)

Odiaba la playa, pero sin embargo ya llevaba un mes viviendo en aquel hotel. Benicàssim era distinta a lo que él se había imaginado siempre. Se lo habían pintado como un paraíso de la juerga, de la gente joven, de los borrachos y del desenfreno. Pero él no había visto nada de eso. En realidad, estaba allí por otra razón: Lorena Van Folquen. Actriz, 28 años, en la cima de su carrera. Y ahora, en Benicàssim trabajando en su último proyecto.

Dante sabía que iba a ir al pueblecito costero, así que hizo coincidir sus destinos. Y conocer el hotel en el que se iba a hospedar esta rubia despampanante no le fue sencillo. Pero Dante siempre había sido un hombre de recursos. Así que, finalmente, también consiguió, sobre la bocina, una habitación.

Un mes hospedado en el hotel. Casi sin salir de ese edificio. Siguiendo los pasos de Lorena. Tenía, en un pequeño diario, a qué hora salía a los rodajes y a qué hora volvía. Cuando comía y hasta el número aproximado de horas que dormía. El último detalle era saber el número de su habitación. Y lo había conseguido. Habitación 402. Esta tarde, cuando volviera del rodaje, subiría a verla, por fin, durante el cambio de guardaespaldas.

Las 19.00. Dante enfiló su destino cuando el gorila se marchó a por su relevo. Llamó con los nudillos

- ¿Qué desea?
- ¿Lorena Van Folquen?
- Sí... ¿quién es usted?
- Agente Castillo. Queda detenida por evasión de impuestos

Hotel Isabela

(Isabel Silva Cano)

Soy la hija pródiga que regresa al hotel donde ha sido feliz. Saboreo la copa de bienvenida que ya me echaba de menos. Las caras amigas de la recepción me tratan como hija adoptiva. Desde mi terraza, me encuentro con mi mar, lo huelo, lo respiro, me muerde la piel. El amanecer se adentra en mí, el sol circula por mis venas hasta licuar cualquier nudo de saudade anidado durante el invierno. Desayuno a pleno mar, sorbos de café aderezados con bocados de felicidad. Desde horas tempranas, mi playa solitaria me llama impaciente; mis huellas se pierden por la arena mientras voy soltando los lastres que durante estos meses de ausencia se paseaban por mi alma. La cena me espera con texturas nuevas, mis camareros amigos la sirven mimándome plato a plato. Me despido del día con un atardecer balsámico. Me duermo con el rumor del oleaje, la brisa me abraza dulcemente y ya sólo me queda soñar

Placeres compartidos

(Miguel Ángel Gayo Sánchez)

Improvise un viaje tratando de salvar la agonía de nuestro insulso matrimonio:

–Una visita a Benicàssim nos transportará a los mejores momentos de nuestra vida en común. Dicen que las villas que coronan sus playas susurran al atardecer las pasiones inconfesables que allí se vivieron –dije atacado de lirismo.

Mi mujer se mostró más prosaica:

–Te recuerdo que no soportas la arena de la playa entre tus partes.

Llegamos a Benicàssim en hora intempestiva, con la cocina del hotel cerrada.

–Tarde, como siempre –reprochó ella.

Los empleados del hotel fueron comprensivos y ofrecieron una cena fría. Yo traté de templar el ambiente pidiendo una botella de ese famoso licor que fabrican en la zona.

–Dicen que unos frailes gestaron su fórmula para ahuyentar la rutina del monasterio –comenté alzando la copa y contemplando al trasluz los destellos anaranjados–. Luego decidieron que ese placer debía compartirse fuera de sus muros.

Mi mujer levantó la mirada. Creí percibir en sus ojos los rescoldos de los años de pasión.

–Un sorbo basta para que sus hierbas medicinales curen las heridas del alma –susurré.

Mi mujer mojó los labios en la copa. Enseguida cerró los ojos, como si se hubiesen despertado en ella sensaciones ocultas.

Subimos a la habitación del hotel.

–Esos monjes estaban en lo cierto –dijo mientras se desnudaba sinuosa– Los placeres, si se comparten, saben mejor.

Aquella noche, en un hotel de Benicàssim, mi mujer y yo volvimos a compartir viejos placeres. ¡Benditos monjes!

Voramar

(Sergio Sánchez Sierra)

Tenía los pulmones del color de su profesión.
El oscuro gris del carbón le acompañó demasiados años.
Con una mueca de fastidio en los labios, jugueteaba con un hilo descosido de su chaqueta favorita mientras, ausente, recordaba sus innumerables incursiones en la mina.
Se acordaba de todos los días que allí trabajó. Desde el primero, cuando le dieron una escoba y le ordenaron barrer, hasta el último.
Pero solo hablaba de los angustiosos días que pasó atrapado bajo tierra.
Revivía a diario aquella explosión, el derrumbe, la asfixia, los gritos entre la nerviosa oscuridad. Repetía, emocionado, que nunca podría olvidar el aroma que desprenden el miedo, la ansiedad y la desesperación, como jamás olvidaría a los compañeros que quedaron enterrados en la galería para siempre.
Entre silenciosas lágrimas cerraba ese episodio en su memoria.
Le dolía el pecho al respirar, pero alargó su vida a orillas del Mediterráneo.
Mi abuelo encontró en Benicàssim, aire puro, un clima benigno y la humedad que necesitaba en sus pulmones.
Nunca regresó a su tierra natal, decía que regresar no conseguiría aliviar su alma y que había encontrado su nuevo hogar frente a la playa de Voramar.
Cada amanecer paseaba descalzo su orilla esperando que el Mediterráneo se llevara la enfermedad que le acompañó desde Asturias.
Con la serenidad que dan los años y la ternura que ofrecen los recuerdos entendió que aquella mina le permitió vivir, pero le amargó la vida.
Sus pulmones tenían el color del carbón.

En Familia

(Luciano Montero Viejo)

Cenábamos frente al mar, en el restaurante de nuestro hotel preferido, cuando un fuerte golpe en la nuca me hizo ver las estrellas. Me quedé paralizado, no tanto por el dolor como por el asombro. Recibir una bofetada así en frío no es algo que ocurra a diario.

Al seco impacto le siguió en la mesa familiar un denso silencio que habría podido cortarse con un cuchillo, como la tarta de cumpleaños que reposaba sobre el mantel. Desde la mesa vecina nos miraron con curiosidad. Ajenos al drama, los niños seguían jugando al borde de la piscina.

Tenía que ser mi cuñado, el insufrible, el prepotente, el enano. Nunca nos hemos soportado, pero golpearme cuando estaba desprevenido... no podía creerlo. Sobre todo considerando que yo mido casi dos metros y él uno cincuenta.

Todo ocurrió en un instante. A mi desconcierto inicial le siguió un arrebato y me lancé al cuello del osado. Las mujeres gritaron, los niños dejaron de jugar, el restaurante entero enmudeció, incluso las gaviotas parecieron suspender su vuelo. Mi cuñado se debatía con los ojos desorbitados, el rostro congestionado por el espanto y la asfixia, mientras su dedo señalaba desesperadamente al mantel.

Por suerte miré a tiempo. Dorada, diminuta, medio aplastada y agitando levemente un ala extendida, una avispa nos daba su último adiós

Eso que llaman amor

(José Ignacio Ceberio Sainz de Rozas)

Brindaron con cava. Un buen final para una espléndida cena: langosta braseada, fricasé de cordero al orégano y de postre, profiteroles. No todos los días se celebran las bodas de plata.

Salieron del restaurante un tanto achispados. Caminaban del brazo por el paseo de la playa a la luz de las farolas, el aire salado humedeciendo sus rostros. Él se subió al murete que delimitaba la avenida e hizo unos torpes giros de baile.

–¡Alberto, por favor, que te vas a matar! Qué tonto...

El hombre saltó al suelo trastabillándose mientras ella reía entre hipos, yendo a su encuentro. Un abrazo; dos, tres besos remolones; más risas. Con los zapatos en la mano se adentraron en el arenal de Voramar.

Bordeaban la orilla con la espuma plateada de las olas salpicándoles las piernas. Se sentaron sobre la arena. Luisa contaba las estrellas, los ojos de Alberto horadaban el infinito. Sintieron frío y un poco de miedo.

El ambiente cálido de la habitación del hotel los reconfortó. Alberto se puso el pijama frente al espejo, viendo cómo hacía lo mismo aquel cincuentón rechoncho que le miraba con el ceño fruncido. Luisa ya entibiaba las sábanas, impregnándolas de una mezcla de perfume y esencia de carne cansada.

Se abrazaron en la oscuridad. Un beso de buenas noches, toses, rebullir de

cuerpos buscando postura. Y una voz serena que, taladrando las tinieblas, pronuncia una frase, de tanto usada roma en sus bordes.

–Alberto, ¿cuándo vas a dejar a tu mujer?

Kit de Emergencia (Pilar Pozo Barberá)

Tan solo quedaban treinta y nueve horas con cuarenta y siete minutos para que su vida volviera a la normalidad.

Miró a su alrededor y decidió pedir un daiquiri de fresa al camarero que se acercaba por el margen izquierdo de la piscina, quien con una amable sonrisa lo depositó con delicadeza en la mesa antes de que pudiera darse cuenta de la tardanza.

Era hora de preparar el *kit* de emergencia.

Se quitó las gafas de sol y empezó a observar a los bañistas y a los que simplemente tomaban despreocupados el sol en la piscina. Recorrió con la mirada las blancas estatuas que jalonaban la terraza y recordó la paz interior que le inspiraban los dorados budas que embellecían con un toque oriental diferentes rincones del hotel.

Tomó un sorbo del combinado y el sabor a fresa cautivó sus papilas gustativas.

Percibió los olores que la envolvían: a agua salada, a la esencia frutal del protector solar que cubría su piel, a los combinados que preparaban en la barra.

Cerró los ojos y, dejándose acariciar por las risas divertidas de unos niños que jugaban en la piscina, se zambulló feliz en el agua, donde los destellos del sol reflejados en la superficie borraron sus contornos.

Tenía actualizado el *kit* de emergencia de los cinco sentidos que, administrado con cuentagotas, le harían revivir los días disfrutados en el Hotel Montreal y convertirían el largo invierno solo en una estación más antes de la primavera, el paso previo al verano.

Invasión

(Raúl Clavero Blázquez)

Los cadáveres se acumulaban por todos los rincones de Benicàssim. Los últimos supervivientes, desarmados y hambrientos, se atrincheraron en el Hotel Montreal, pero tras varias semanas de asedio, finalmente, también fueron eliminados. La guerra había concluido, y sin nadie más a quien derrotar en tierra, las medusas, de nuevo, regresaron al mar

El Ruso

(Asun Gárate Iguarán)

Ese hombre apareció en la playa Sant Vicent hace ya tres veranos. Deambulaba entre toallas, sombrillas y tumbonas, tan pálido y delgado que una mujer le aplicó crema bronceadora en las mejillas y otra le ofreció un trozo de melón. Le hablaron en valenciano y él contestó en ruso, pero le entendieron.

Había perdido a su esposa, una fuerte corriente la arrastró cuando nadaban juntos en las aguas del mar Negro un precioso día de abril durante su luna de miel en Crimea. Superada la clásica desesperación inicial, se juró a sí mismo buscarla dondequiera que el mar la llevase. Consultó mapas y cartas de navegación, estudió minuciosamente los flujos y reflujos submarinos de la zona, hasta que llegó a la firme conclusión de que su amada, tras cruzar el Bósforo, el mar de Mármara, los Dardanelos, y desembocar en el

Mediterráneo, acabaría alcanzando -tarde o temprano- el Levante español a la altura de la costa de Valencia. Natasha iría a parar, en concreto, a la provincia de Castellón; con más exactitud, al municipio de Benicàssim.

El hombre emprendió el camino hacia su destino, y lo hizo andando por el borde mismo de la tierra de cada país, para no dejar de ver el agua en ningún momento, por si acaso.

Desde que pisó la fina arena de la playa del Torreón no se ha movido de allí.

Instalado en la terraza de la torre vigía, otea incansable el horizonte, mientras come paella, bebe Licor Carmelitano y canta tristísimas habaneras

Grandes descubrimientos

(José María Bernet Granada)

Si Colón descubrió América a bordo de una carabela, yo descubrí Benicàssim embarcado en el Seiscientos de mi padre. El intrépido marino genovés atravesó el océano para conquistar nuevas tierras, y el no menos intrépido de papá, cargaba hasta los topes el cochecito y sin dirección asistida, aire acondicionado, abs, gps, ni otras zarandajas, atravesaba media España por aquellas carreteras de entonces para que su familia pudiera remojarse unos días en el mar.

Y aunque para conseguirlo tuviera que hacer un montón de horas extras, siempre nos decía que ésa era la mejor manera de emplear el dinero. Por la mañana, playa; después de la siesta, a la piscina del hotel; y, por la noche, todos juntos a tomar un helado en una terraza. Esa divertida y maravillosa monotonía salpicada de arena, chapuzones, risas, juegos, cine de verano y protector solar, duraba dos semanas cada mes de agosto que aguardábamos impacientes e ilusionados. Al finalizar esos quince días que se pasaban en un pispás, tenía que dejar atrás amigos a los que volvía a encontrar al año siguiente, algo más crecidos; y, mi hermana, al “gran amor de su vida” al que, por fortuna, cuando caían las primeras hojas del otoño, ya había olvidado.

Ahora soy yo el “navegante”; y no puedo dejar de pensar en mis padres, siempre que mis hijos y mi mujer suben al coche antes de poner rumbo al Mediterráneo.

Y si Colón descubrió América hace cinco siglos; yo, desde hace medio, redescubro Benicàssim cada verano.

Hotel Montreal

(Encarni Fernández Martín)

El autocar llegó como cada viernes, a las diez de la mañana. Los abuelos habían viajado durante la noche y ahora, bajaban, cansados e ilusionados por haber llegado a Benicàssim. El guía los iba contando uno a uno como la profesora cuenta los alumnos de P3 cuando van de excursión al zoo. Cuarenta y seis, cuarenta y siete, cuarenta y ocho, cuarenta y nueve, cincuenta, cincuenta y uno, cincuenta y dos. Bien, ya están todos. Los últimos en bajar fueron Carmen y Francisco. Sus ojos se iluminaron al ver ése precioso hotel donde pasarían unas merecidas y auténticas vacaciones. Traían la maleta cargada de emociones por vivir. En el hall los recibió una amable señorita que les indicó todo lo que podrían hacer esa semana. Y no perdieron ni un minuto. La semana sería corta. Y así empezó la aventura, pisando las playas de fina arena. Voramar, Almadraba, Els Terrers. Visitando las numerosas cuevas, los barrios y pedanías. Francisco y Carmen iban de la mano como dos adolescentes. Sabían que allí sus vidas cambiarían para siempre. Mañana temprano sale el autocar. Visitan el festival y Villa Elisa. Agotados, pero felices, regresan a ese hotel que tantas satisfacciones les hadado y dan la enhorabuena a todos sus empleados por la calidad y el trato recibidos. A las ocho de la mañana el guía vuelve a contar a los abuelos: Cuarenta y seis, cuarenta y siete, cuarenta y ocho, cuarenta y nueve, cincuenta.... Mira hacia el hotel y esboza una sonrisa.

Ley seca (Jorge Rosés Marinello)

Detrás del capataz, la cuadrilla entra a la recepción con la cabeza gacha, vestidos de franela y pana marrón, barbudos y descuidados, re peinados con un triste flequillo que proviene de la nuca y gira en blonda pegado a la sien, los ocho igual. Las manos dentro de las mangas, largas de talla. Hablan con voz imperceptible, en un dialecto entre italiano o rumano aunque con acento francés.

El jefe, bajo y rechoncho, pidió ocho habitaciones sencillas que ocuparon religiosamente en orden según les dimos las llaves.

Llevan en el hotel tan sólo dos días y ya les hemos llamado la atención, es tono es un burdel.

Ayer, la chica de la limpieza encontró, bajo una cama, una ristra de cincuenta bolas chinas de madera, y en otra un pequeño látigo sadomasoquista; además, otros clientes se han quejado de cánticos a las cinco de la mañana.

Al parecer se reunieron todos en una habitación para organizar una fiesta.

Hoy domingo nos han pedido que les subamos vino dulce o moscatel.

Les hemos dicho que no queda ni gota en todo Benicàssim, y que se apresuren a terminar las obras del convento, de no ser así, seguirá colgado un cartel en la puerta de sus bodegas que reza así: “No se venderá vino, ni se atenderán pedidos antiguos mientras duren las obras en la abadía. El Carmelitano”.

Vuela

(Miguel Ángel Moreno Cañizares)

La descubrí en la mañana de aquel septiembre, cuando Benicàssim se removía exultante entre olores de verbena. La crisálida pendía de la hoja y, al detalle, observé entre los pliegues de su membrana la imagen de una mariposa aún quiescente, aunque presta para el alumbramiento. El lepidóptero, un hermoso ser, se asomó entonces al mundo y abrió sus alas de color amarillo y negro salpicadas de ocelos azules. Me pareció asombrosa, un regalo de la naturaleza. Extasiado, aguardé impaciente sus primeros movimientos. La mariposa desplegó al fin las membranosas y voló, voló armoniosamente, deleitando mi vista. Repetidas veces hendió el cielo, como invitándome a secundarla. Surcó por encima de la piscina y se posó en el parterre, no más de unos segundos, antes de reanudar su aleteo.

Orgullosa, henchida de gozo, jugueteó desde allá arriba con el viento y atrapó el mar de sonidos que brotaban de las olas. Voló y voló la alevilla, envuelta entre el haz de rayos que el sol descargaba sobre Voramar, hasta quedar exhausta. En su inocencia, regresó al algodoncillo. Buscó refugio entre el follaje y plegó las alas para acurrucarse. Cada amanecer, durante ocho días y siete noches, surgió del nido para elevarse sobre nuestras figuras y ejecutar su danza de la vida. Mi pareja y yo aguardábamos esos momentos, embelesados, desde la terraza del hotel. Al final de la zambra, concluido el castillo de fuegos, retornó a su guarida. No volvimos a verla, pero pienso que murió feliz y nos hizo dichosos.

Sosiego

(César Francisco Gutiérrez de Manuel)

Me habían hablado bien de aquel sitio. No de grandes lujos, pero muy digno y tranquilo. Lo que yo buscaba tras un año de vorágine constante debido al éxito de mi último libro.

La ciudad, turística por naturaleza, no era precisamente lo más apropiado para un descanso; pero como me lo recomendaron muy vehementemente personas de mi total confianza, preferí perder un poco de libertad al deambular por las transitadas avenidas del lugar a cambio de una vida tranquila dentro de las bien nutridas instalaciones del albergue.

Una copa con "misterio" a última hora de aquella noche veraniega no exenta de calor como mandan los cánones, me relajaba en la provocadora paz de un cenador en el extremo opuesto del jardín lindante con la playa. Oía derrumbarse las olas, extenuadas, en las finas arenas de la playa, a las que llegaban en calma por la marea baja reinante.

Una conversación en voz baja, sacada del pozo del silencio, ininteligible al principio, me fue trayendo de ese otro mundo en el que mi ser había empezado a instalarse; el del sueño.

Las voces, se acercaban susurrando; en solidaridad con el silencio reinante.

Una carraspeó; y cuando mi ojo derecho, en un guiño, se abrió para comprobar lo que sucedía, la voz que me pareció no ser, absolutamente, nada angelical, me espetó: ¡Señor Gutiérrez, al bacalao le pone usted dos días a remojo, o menos tiempo? Mi paz se había ido, por el mismo camino que aquellas dos personas habían llegado hasta mi...

El Balcón al final del pasillo

(Jennifer Monge Sanz)

Desde que alcanza mi memoria, he buscado un espacio donde pasar a solas unos pocos minutos al día; aquellas vacaciones, lo encontré en el balcón al final del pasillo. Aguardaba paciente hasta que mi familia se dormía, cogía la tarjeta de la habitación y me escabullía imaginando ser un ninja.

Una noche, las olas rompían furiosas bajo la atenta mirada de la luna llena y el viento agitaba las palmeras del paseo como si pretendiera extraer sus raíces. No sé cuánto tiempo estuve allí, sentado, antes de ver el destello. Era plateado pero contenía muchos colores. Una nube cubrió la luna y perdí de vista aquello que había brillado entre la espuma, ello no evitó que mi mente elaborara sus propias teorías.

Diecisiete años después, no podría asegurar si en verdad una ola arrastró aquel destello hasta la orilla. Un destello de ojos grandes como el océano y cabello verdoso como las aguas tranquilas. Los mechones largos ocultaban su pecho y le acariciaban la piel plateada y multicolor. Me miró un segundo antes de regresar al mar. A la mañana siguiente le relaté a mi hermana la historia más fantástica que jamás he contado.

FIB entre nubes

(Fernando Hurtado Bruno)

Diría que ha estado sublime. Pero tras ver a Florence and the Machine, todo adjetivo se queda corto. Empezando por "*What the water gave me*" y acabando por "*Shake it out*". El suelo vibra. El público ruge. El ambiente nos lleva a todos a otra dimensión. Miro a uno y otro lado y solo veo buen rollo.

Gente que lo disfruta. El tiempo que se detiene. La voz de la señorita Welchme devuelve al ensueño. Esto es el FIB. Esto no es Esparta. Esto es Benicàssim. Esto es el cielo.

Una mañana en Benicàssim

(Fernando Hurtado Bruno)

La mañana se despierta clara, pues ha dado esquinazo a las nubes. A paso ligero, subo el monte Bartolo. El cielo azul me regala una vista espléndida de las islas Columbretes. Las gaviotas vuelan alto, con sus marítimos cantos.

Quien pudiera surcar lo alto con tanta gracia. *Els Terrers* y sus barcos de vela me reciben con los brazos abiertos. Un niño se cae de su embarcación.

El agua debe estar más fría que mil demonios. Pero el infante sale del agua con ganas de más. Allá adentro, resuenan las trompetas. Santo Tomás de Villanueva sale al encuentro de sus gentes. Huele a romero, y otras plantas aromáticas que mi olfato fracasa en reconocer. Pero cuando miro a Benicàssim no tengo duda. Un pequeño trozo de paraíso existe.

Cazar la ballena (Miguel Ángel Piedra Parra)

El bar del hotel ya había cerrado y yo era el último cliente anclado en la barra.

Llevaba encima el suficiente ron como para confundir las tumbonas de la playa con la cama de mi habitación.

Entonces escuché detrás de mí un sonoro crujido en el suelo. Me volví y comprobé que se trataba de un tipo vestido de marino con una pierna de madera que paseaba apoyándose en un extraño bastón.

—Es el capitán *Ahab* que espera su momento para cazar a *Moby-Dick*, la gran ballena blanca - espetó impertérrito el barman.

—¿Aquí? — exclamé sorprendido.

—¿Dónde si no? Estamos en el *Pequod*, el barco ballenero que persigue desde hace meses a ese leviatán marino.

—Claro, y piensa atraparla atizándole con la ridícula pata de palo— balbuceé burlándome del siniestro tullido.

—Desde que *Moby-Dick* le arrancó la pierna de un mordisco vive obsesionado con matar a la bestia asesina. Y no es un bastón lo que lleva en la mano, es el afilado arpón que arroja siempre a quien como usted se ríe de él y no abandona a tiempo su barco. ¡Váyase antes de que lo ensarte como un arenque!

Vi como el siniestro marino me apuntaba amenazante con el hierro y salí corriendo despavorido hasta zambullirme en el mar.

Al día siguiente, desayunando, recordé el asombroso parecido de *Ahab* con el conserje de noche.

Sonreí y pensé en la forma tan ingeniosa que tenían en el hotel para desalojar del bar a los clientes irreductibles como yo.

Demasiados interrogantes

(Javier Muñiz Pulido)

Amanecía en la playa Voramar, desde la quinta planta del Hotel Voramar Ludmilla se preparaba para comenzar su trabajo. Era la encargada de la limpieza de las habitaciones de dicha planta, era así desde hacía diez años, ella que se había criado en la misma Villa Elisa, ella que había sido parte activa y notable de la burguesía del “Biarritz Valenciano”. Pero la vida juega cartas que ningún crupier sabe barajar y allí continuaba ella jugando la misma partida desde hacía diez años.

Empezó su tarea por la habitación 503, la habían abandonado de madrugada una pareja misteriosa y distante según comentario de la gerente. El cuarto olía a distancia, a charla no consumada, a café negro amargo aún caliente.

La cama, metáfora del deseo no consumado, estaba intacta, invicta. Abrió las ventanas y permitió que los primeros rayos de sol saludaran tan amargo campo de batalla.

Su mirada se posó en el escritorio, sobre él, abandonado a su suerte, huérfano de unas manos amigas dormitaba un libro. Se acercó a él con timidez y valentía, pocas cosas le daban tanto respeto como un libro cerrado.

Su Título “Azul” y su autor G.H. no le decían nada, aún así posó su mano sobre él.

Se envalentonó, cogió el libro, lo abrió, un perfume de nostalgia y tragedia golpearon su rostro. El libro voló de sus manos, ella cayó de rodillas, en su último suspiro recordó la dedicatoria que había escrita....

Para Ludmilla, en el día de su muerte.

Adopción irresponsable

(Trini Pestaña Yáñez)

La chica sale por la puerta del Hotel Montreal tal y como entró: mezclándose entre los huéspedes que suben y bajan a la playa. Para tal fin, ha extremado las precauciones. Nadie pensaría, al verla con su bikini y su flotador, que no se aloja en el hotel y además, está segura de que ha eludido convenientemente las cámaras de seguridad del vestíbulo; aún así no debe levantar sospechas innecesarias. Se siente triste y desolada y a la misma vez convencida de que la adopción no está hecha para ella, que se precipitó en su decisión. Porque a pesar de no actuar como otras madres desconsideradas que se desprenden de sus hijos en cualquier contenedor de basura de los callejones solitarios, lo que acaba de hacer, es un acto atroz, un crimen. Tal vez, –se dice esperanzada- el conserje se percate de su presencia y se apiade de aquella criaturita, apenas un bebé. ¡Es tan indefenso aún! Pero es que ya está harta. Comprende que el pequeño añore a su madre, a su familia, a su entorno, pero ella ya no puede soportar por más tiempo sus lastimosos maullidos

Amaneceres

(Ángel de Dios Rubio)

La brisa del Mediterráneo era insistente, refrescante, incansable. Se inmiscuía entre los huesos como cuchillo en mantequilla, como virus en linfoma, como Pedro por su casa. Faltaría poco para que amaneciera. Se vislumbraba ya una cierta luminosidad en el horizonte, en aquel lejano e infinito punto donde el cielo y la mar confluían fraternalmente. Nos habían hablado de la magia de aquel lugar, de las vistas de aquel hotel en primera línea de playa. Y ahí estábamos dispuestos a emocionarnos y, tal vez, reencontrarnos. Que los últimos tiempos no habían sido propicios para que nuestra relación resplandeciera. No la oí llegar, pero se sentó detrás de mí, me abrazó, besó dulcemente el lóbulo de mi oreja, me susurró aquellas palabras de amor que tan musicalmente brotaban de sus labios, y que tanto añoraba. Me giré para mirarla, me acomodé para besarla, la senté sobre mis muslos, me embriagó su olvidado perfume de adolescente. Y, entonces, sólo entonces pude ver el grandioso e inenarrable espectáculo de un magnífico amanecer en sus ojos, en su boca, en su frágil y desnudo cuerpo de sirena.

Apariencias

(Agustín Manzano Robles)

Era alta, de piernas largas y bien torneadas, enjuta de talle, generosa en el escote. Caminaba cual avestruz desprevenida, tocada por una pamela que oscurecía el hall del hotel en cuanto entraba, envuelta en una vaporosa gasa que se arremolinaba alrededor de su cuerpo con vida propia. Todos la deseaban, todas la envidiaban, algunos también la envidiaban, en secreto. A veces se detenía un momento en la recepción del hotel para deleitarse fugazmente con el aroma de las flores recién colocadas, y dejaba que las miradas se posaran en sus formas de garza imperial regodeándose en su vanidad. Disfrutaba con aquel áurea de misterio que esparcía a su paso, escondida tras las gafas de sol y las pamelas infinitas. El último día, antes de marchar, uno de sus innúmeros admiradores se armó de valor y la detuvo en mitad del hall cuando el hotel hervía de actividad mañanera. Perdóname me permitiría una foto. Ella lo miró desde la oscuridad cavernosa del sombrero y sonrió levemente. Con delectación y malicia mal contenida alzó los brazos cual danzantes culebras y se descubrió la cabeza. Su cráneo completamente calvo apareció con un fulgor descomunal que deslumbró a todos los que en el hotel se encontraban paralizándolos de inmediato. Su tez demacrada por la quimioterapia era un campo arado con los surcos del dolor. Finalmente, ante la inmovilidad del improvisado paparazzi, se dirigió hacia el ascensor, pero antes lanzó con maestría la pamela que atravesó el hall y se perdió sobre el calmo mar.

Aquello que Einstein no dijo

(Slavko Zupcic)

Desde el primer momento le interesó su pasión por Einstein. Se veía que ella conocía a fondo su biografía y, como él había comenzado un máster en física teórica, le solicitó amistad y comenzaron a chatear. Ella dejó entonces de publicar pasajes biográficos y comenzó con las citas. «*Locura es hacer lo mismo una y otra vez. Albert Einstein*». A él le extrañó que Einstein hubiese escrito eso, pero era probable: había escrito y dicho tantas cosas. No le comentó nada y, al día siguiente, acordaron pasar un fin de semana en Benicàssim.

Antes de encontrarse, en la estación de trenes de Castellón, ella publicó cinco palabras que igualmente atribuyó a Einstein: «*Nadie entiende la mecánica cuántica*». Vivieron un fin de semana de sol y playa. El asunto prometía y sentían que casi seguramente volverían a encontrarse.

Cuando él llegó a casa, leyó lo que ella había publicado: «*Mi amor nació en el Hotel Montreal. Albert Einstein*». Así él pudo comprobar que las otras dos citas también eran falsas por lo que, en lugar de llamarla para decirle que ya la extrañaba, la eliminó de su lista de amigos.

El hippy del momento

(Javier González de Mendoza)

El inconfundible sonido de niños jugando en la piscina consiguió, lentamente, taladrar las desgastadas neuronas de James y devolverle al mundo de los vivos. Su cerebro le dolía como si durante la noche anterior alguien lo hubiera aplastado sin piedad contra la pared. Abrió los ojos y los volvió a cerrar rápidamente, refugiándose tras sus gafas oscuras. El sol le hacía daño, la vida le hacía daño. Trató de fijar un punto desde el que fuera capaz de recordar algo de lo sucedido anoche. Se acordaba de su llegada al Festival de Benicàssim, tan distinta a la de anteriores ocasiones, de hecho, tenía grabados a fuego los mil y un detalles humillantes que le recordaban que su estilo estaba pasado, que ya no era el *hippy* del momento: la hora del concierto, el trato en el *backstage*, la ausencia de tónicas, aunque las había pedido expresamente... todo parecía susurrarle al oído que aquel crítico del *Times* tenía razón, que lo suyo era el sonido de la flauta cuando suena a casualidad y que “detrás de aquellos ojitos soñadores no había más que una marca registrada de bebidas carbonatadas”. James detuvo en seco sus pensamientos porque no era capaz de recordar nada a partir de ahí. Era como si una gran mancha de sangre y alcohol se interpusiera entre él y su memoria. Al abrir de nuevo los ojos varias pistolas estaban apuntándole.

Aquí le tenemos, jefe, con el arma homicida y tomando el sol en la piscina. Como lo oye...

Vértigo

(Francisco Moreno Trinidad)

Decidido. Si voy a hacerlo, que sea frente al mar. Aquí donde el hombre encoge su alma miserable ante el gigante dormido. Ante la fuerza mansa del destino.

Aquí, desde la última planta del hotel, con la arrogancia de quien ha perdido todo y se cree con derecho a parar el mundo: avergonzaos de lo que provocasteis, humillad la mirada ante el desastre de un ser roto.

Eso soy yo, no más. A eso me reduce su ausencia.

Una brisa tibia viene a acompañarme en este trance. Su aroma salobre, pegajoso y húmedo, traspasa mi cuerpo. Me invita a volar. A saltar.

Estoy decidido.

O eso creo.

Ya esta mañana, en el palmeral, el viento ha guiado mis pasos. Pero era aquel un viento seco... Castigaba mi nuca mientras erraba entre el polvo, obcecado quizá en encontrar sentido a cuanto lo perdió. Y en medio del desierto aparecía la espadaña del monasterio carmelitano. Sí, ya me habían hablado de ella. Abandonada y herida como este pobre muñeco. Menuda estampa haríamos ambos: las ruinas que dan sombra al profesor de filosofía en paro.

Esta calima despierta visiones. Inclina, dicen, a la ensoñación, o al desvarío.

¿Sentirá ella siquiera esa emoción? Acunada entre sus brazos ladrones.

Más no es ella, sino el mar, quien desafía mi ánimo y lo tienta en este balcón desprotegido. Es el vértigo del nuevo comienzo.

La duda que traerá el siguiente amanecer.

Esperemos pues al amanecer, al sol benevolente del Mediterráneo y sus promesas.

Decidido.

Identidad

(Mercedes Daza García)

Desde hace un año resido en el Hotel Montreal, habitando en sus setenta alojamientos. Cada amanecer ocupo la habitación continua, de modo sucesivo hasta volver a la primera, portando únicamente un pequeño maletín repleto de imaginación.

Habitación nº1: Me disfrazo de soltero atractivo. Sueño que una joven deslumbrante ocupa mi cama. Comienza el juego de la seducción mientras nos asomamos al balcón a buscar el susurro de las olas y confieso que acabo perdido en sus labios.

Habitación nº2: Soy un padre de familia. Miro a mis hijos pequeños disfrutando de unas merecidas vacaciones, impacientes por bajar a la piscina. Entretanto su madre los apacigua con dulzura y yo, conmovido, descubro que estoy ante la mujer que siempre desee.

Habitación nº3: Me convierto en una estrella de rock. Sentado en el suelo, mi melena tapa mi rostro, empapado en litros de alcohol que derramo sobre mis frustraciones, empañando la soledad que la fama me ha proporcionado.

Habitación nº4: Me confundo con un respetado empresario que busca sosiego, alejado de un mundo material donde los sentimientos quedan escondidos en el bolsillo de la chaqueta.

Habitación nº5: Sumergido en paisajes evocadores escribo las historias que protagonizarán personajes pintados en tinta azul, que viajarán de Motril a Benicàssim, invadiendo los corazones de mis lectores.

Así transcurren los días, perdido por los pasillos del Hotel Montreal, tocando de puerta en puerta, buscando trozos de mi identidad, creando un personalidad que me permita vagar por vidas ajenas con el fin de encontrarla mía propia.

El hombre del balcón

(Alfonso Espinosa de los Monteros Bernal)

Tenía que tomar una decisión. Ya había pasado una hora en aquel balcón y el frío empezaba a atenazar sus músculos.

Descolgarse era imposible, habría más de cinco metros hasta el suelo. Subir al balcón del segundo también era inviable. Tal vez quince años atrás...

Pensó en esperar que el marido se durmiese y cruzar la habitación de puntillas, pero recordaba como ella había girado el seguro de la puerta cuando lo echó a toda prisa de la habitación.

Pronto alguien lo vería desde la calle. Podría pedir auxilio, pero una decena de turistas armados con cámaras, teléfonos y videocámaras era la última de sus opciones. No quería ser famoso en internet.

Así que tenía que jugársela. Maldijo el momento en que decidió tomar una copa tras la cena, y golpeó el cristal de la puerta corredera con los nudillos, arqueando la espalda fingiendo mirar la terraza de arriba.

—Gracias. Por los pelos, amigo. A punto ha estado de pillarnos. Tengo que dejar de hacer estas cosas, no tengo edad para andar descolgándome ya por balcones— le dijo al hombre que abrió mientras cruzaba la habitación con toda la dignidad con la que pueda andar un hombre desnudo frente a un desconocido.

El marido observó atónito a aquel individuo en cueros que cruzaba su habitación. La de cosas raras que pasan en los hoteles —pensó— y se volvió a meter en la cama.

Un momento —dijo observando la silla frente a la cama— Yo no uso calcetines verdes.

Hombro

(Nicolás Fratarelli)

Miraba las botellas. Sus colores relucían con las luces que golpeaban contra del espejo que las duplicaba. El director de orquesta las miraba como si fueran los caños de un órgano. Esperaba la hora del concierto. Sabía que pronto le tocarían el hombro y que le dirían “Es la hora”. Sabía, entonces, que como siempre, se levantaría solícito, caminaría hasta el escenario, oiría los aplausos, se colocaría frente a sus músicos y que con tres golpes de batuta sobre el atril daría la orden para comenzar, otra vez, como tantas otras.

Mientras miraba el brillo de esos colores pensaba ¿cuándo comenzó todo? Entonces, sin saber por qué repasó la pequeña iglesia de su pueblo. Recordó el sonido de la campana que llenaba todo el espacio de aquel pueblo, inocente, simple, parco. Con su pensamiento recorrió momentos de su niñez como si fuera parte de un film en blanco y negro. Recordó cuando su padre cambió una cabra por un acordeón para regalárselo. Recordó las fiestas patronales de su pueblo. Sus inicios en el coro.

Ahora estaba allí, en el Hotel Montreal, en Benicàssim, nada menos, a orillas del Mediterráneo, rodeado de lujos y honores.

De pronto, sintió que le tocaban el hombro y oyó que alguien le decía “Es la hora”.

Cuando el mar susurra al oído...

(Ricardo José Gómez Tovar)

Desde la terraza, flotaba intacto el rumor de las olas. Llevaba bañándose en aquella playa desde hacía más de sesenta años, la primera vez siendo solo un niño, aunque nunca antes había sentido su bramido espumoso con tanto ímpetu sin hallarse al borde del mar. De hecho, tenía la curiosa sensación de que aquella extensión de agua, bordeada por sus horizontes caliginosos como fantásticos ribetes de bruma, hubiese acortado la distancia que la separaba del paseo marítimo donde se alzaba el hotel aprovechando el abrazo de la noche. Justo en aquel momento, alguien llamó a la puerta con los nudillos. Era una camarera.

-El champán y los langostinos que pidió el señor, junto con una bandeja de fruta, todo ello a cuenta de la casa.

Le extrañó mucho oír semejante frase, ya que ni había pedido nada ni tampoco entendía por qué el hotel le convidaba a aquella cena de lujo.

¿Sería el huésped número un millón del establecimiento? Esas cosas ocurrían. Sea como sea, depositó una generosa propina en la mano de la camarera, quien le miró con especial ternura antes de abandonar la habitación. Como empezaba a refrescar fuera, cerró la puerta acristalada de la terraza. Aun así, seguía oyéndose el rugido sereno del oleaje, intenso y vívido como si se produjera dentro de su ser. Pero lo más sorprendente de todo era aquel penetrante olor a mar.

No tuvo tiempo de abrir el champán. En cuestión de segundos, ya volaba como una gaviota por toda la habitación.

La Dirección del Hotel.

Sorprendidos, superados, atónitos, no sabría encontrar el calificativo adecuado para definir el estado emocional en el que nos encontramos. Ilusionados y muy agradecidos. Eso sí. Cuando decidimos convocar este primer concurso de microrrelatos, no esperábamos ni por asomo recibir tan importante respuesta.

Atípico, así es como nos define la gente que nos conoce bien; nuestros amigos y nuestros clientes. Somos un Hotel atípico, tal vez porque, siendo un Hotel familiar, de Playa, en Benicàssim, nuestra filosofía resulte un tanto discordante para establecimientos de nuestras características. Además de nuestro compromiso con el Medio Ambiente implementado en nuestro Hotel desde hace varios años, impulsamos también otras actividades creativas y culturales, para sorpresa y asombro de muchos de nuestros Clientes.

Nuestro concurso de microrrelatos nació, además de con el fin de fomentar la creatividad literaria, por una firme voluntad de continuidad, fortalecida ahora más que nunca tras el éxito de esta primera convocatoria.

Y aunque todos los comienzos suelen ser difíciles, nuestro caso es la excepción que confirma la regla. Desde el mismo momento en que ideamos el diseño de nuestras intenciones, buenos amigos intermediaron colaborando de forma expresa en este proyecto tan ilusionante. Nuestro más profundo agradecimiento a escritores como Elena Casero, Raúl Ariza y Mariano Zurdo, y también a la magnífica editorial madrileña Talentura Libros, quienes han estado a nuestro lado para que todo resultara perfecto.

Más de 250 trabajos recibidos, ardua tarea la que han debido realizar los profesionales encargados para seleccionar de entre todos ellos, este buen puñado de excelentes microrrelatos que conforman la publicación que hoy ve la luz.

Gracias a todos los escritores que han tenido la ilusión y la osadía –por lo atípico del convocante- de enviarnos sus trabajos, esperamos que sigan participando con nosotros en próximas ediciones.

Nuestro agradecimiento también a las Bodegas Carmelitano y a Turismo Benicàssim por respaldar y colaborar con nuestra iniciativa.

Disfruten de la lectura.

Francisco Socarrades
Director.



HOTEL MONTREAL

VACACIONES EN BENICÀSSIM



HOTEL MONTREAL
Carrer Les Barraques, 5
12560 Benicàssim
Castellón
España

Tel. +34 964 30 06 81
+34 663 27 34 02

vacaciones@hotelmontreal.es

<http://www.hotelmontreal.es>

<http://www.facebook.com/hotelmontreal>

<http://twitter.com/hotelmontreal01>